

RETABLO DE LA MEJORADA (1526) Alonso Berruguete

Su primera obra importante es el Retablo del monasterio de los Jerónimos de la Mejorada, cerca de Olmedo (Hoy en el Museo Nacional Colegio de San Gregorio de Valladolid). Fue contratado el dos de noviembre de 1523 por Berruguete y Vasco de la Zarza; pero éste murió en 1524 y, por tanto, apenas participó en la obra. Aquí ya advertimos el estilo dramático y expresivo que Berruguete va mantener a lo largo de su vida.

Su estructura es la clásica plateresca de los retablos españoles. Se compone de un basamento, un banco y tres cuerpos separados por columnas, que son dobles en el central. La decoración del basamento son cabezas aladas de ángel en ritmo sucesorio. Sobre ellas aparece otro friso con cartelas entre bichas afrontadas y unos desnudos con amorcillos de estilo helenístico. En el banco destacan cuatro figuras en hornacinas (tres apóstoles y San Antonio) entre adornos con eses contrapuestas. Su actitud interrogante, cargazón de espaldas y rostros enfáticos son típicamente berruguetescos. En los laterales cierran el basamento dos tondos con relieves de Santa catalina y San Jerónimo y los dos escudos de los comitentes.

En la calle lateral derecha hay tres tableros dedicados a la Oración del Huerto, el Nacimiento de Jesús y la Adoración de los Magos. Los tres tableros que componen la calle izquierda están dedicados a Cristo y las Santas mujeres camino del Calvario, la Anunciación y el Nacimiento de la Virgen. Sin duda el relieve de la Anunciación es la creación más exquisita y refinada del Renacimiento español. María oye el mensaje angélico, se vuelve desvanecida y cae de rodillas sobre su propio manto como si fuera un zócalo. El ángel es representado en el mismo instante en que toma tierra y el manto y los cabellos se incurvan por la fuerza del viento. La escena creada es mística, arrebatadora.

Finalmente, la calle central está ocupada por un excelente Calvario acompañado, en las entrecalles, por la Resurrección y la Ascensión. El Cristo del Calvario es una de las creaciones más extremas de Berruguete, llena de terrible dramatismo. La nariz afilada, los ojos cerrados, la boca aún entreabierta con la última palabra. Dos largas guedejas le cuelgan y enmarcan su faz angustiada mirando a su madre. A los pies Magdalena, como un garabato, intenta limpiar las heridas de su amado.

Emilio García Lozano

RETABLO DE SAN BENITO (Museo Nacional Colegio de San Gregorio de Valladolid) **Alonso Berruguete**

Retablo procedente del antiguo monasterio de San Benito (Valladolid), que hoy se encuentra despiezado en el museo. La imagen presente es una reproducción pictórica que realizó Mariano Cossío, en 1933, tomada de la reconstrucción hipotética hecha por el arquitecto Candiera.

Esta obra fue contratada por A. Berruguete en 1526 y acabada en 1532. Por ella se pagaron 4.400 ducados. Es la obra berruguetesca más importante del periodo vallisoletano. Se trata de un retablo dividido en dos gigantescos cuerpos de once calles cada uno y rematados por dos frontones y una gran venera central sobre la que se apoya un calvario inmenso.

El banco contenía hermosos grutescos con fondo azul y rojo, casi todos desaparecidos. Sobre él se encuentra un conjunto constituido por numerosas esculturas de bulto redondo, relieves, bustos, pinturas y abundantes detalles decorativos, como las columnas abalaustradas que dividen las calles.

Iconográficamente se centra en la vida de Cristo y de San Benito, al que le dedica la imagen central. Alrededor aparecen un gran número de pequeñas estatuas dedicadas a apóstoles, evangelistas, profetas, santos y otras muchas escenas que nos hablan de un expresionismo desgarrado y dramático en el que las figuras se retuercen presas de una terrible angustia interior. Algunas imágenes se sitúan entre las más características del maestro, como la figura apasionada de San Jerónimo, delirante y golpeándose en el ancho torso a la vez que domina al león. El Sacrificio de Isaac, donde Abraham es la imagen más perfecta del padre desesperado. A los pies está Isaac arrodillado; aunque atado sin violencia, es el cordero ofrecido a Dios. La figurilla más delicada de todo nuestro arte es el San Sebastián, de increíble ternura. Joven, hermoso de cuerpo, sin relieves destacados, pero complicada composición a punto de iniciar una danza.

Entre los relieves sobresale especialmente el de La Adoración de los Reyes, de gran maestría en la composición, o el impetuoso encuentro de San Benito y el enviado del Rey Titila.

Las pinturas son de una amanerada elegancia, con sentido del canon y el ritmo, de clara influencia italiana. En ellas predominan los grises, como en San Mateo y San Marcos y las composiciones artificiosas del Nacimiento de Jesús y la Huida a Egipto, donde aparecen sus típicos tornasolados.

Finalmente, el retablo se remata con la composición del Calvario, donde el Crucifijo es uno de los más emotivos del arte español.

Emilio García Lozano

RETABLO DE LA ADORACIÓN DE LOS REYES (1537) Alonso Berruguete

Contratado por Don Diego de la Haya (Iglesia de Santiago de Valladolid). En este Retablo se unifica audazmente el cuerpo central, en un gran relieve con el tema de la Adoración de los Reyes. Forma tres grupos, contraponiendo la serena belleza del formado por la Sagrada Familia, al ímpetu desbordado de los reyes, en cuya interpretación y formas es evidente el recuerdo de la Adoración de Leonardo da Vinci.

Su estructura es de gran originalidad. Se compone de tres cuerpos separados por amplios entablamentos y balaústres pareados que separan las calles, a excepción del cuerpo central abierto para la representación de la Epifanía en tres bloques. La decoración plateresca inunda todo el retablo con grutescos especialmente.

El primer cuerpo está dedicado a las figuras de los donantes acompañados de sus santos titulares. A la izquierda, Don Diego de la Haya y San Juan Bautista. A la derecha su mujer y San Juan Evangelista.

El segundo cuerpo, el más importante y audaz, está compuesto de tres bloques, que son a la vez, tres troncos de nogal, que organizan un gran relieve dedicado a la Adoración de los Reyes. El centro lo ocupa la Virgen idealizada, bella y llena de serenidad clásica, que contrasta con el ímpetu desbordado de los Reyes y su séquito, que se caen en requerimiento urgente de humanidad y búsqueda de apasionada protección. La Virgen sentada como diosa de la fecundidad, extiende su manto en un inmenso campo nutricional, donde el Niño juega y recibe adoración. Los dos bloques laterales son como dos tempestades. Se precipitan los Reyes en caudal impetuoso. Más que adorantes parecen suplicantes. Todo está erizado, convulso, arrebatado. Hasta la cabeza del caballo se inclina vencida. Nunca se presentó una Adoración tan frenética y apasionante.

En el cuerpo superior la Virgen sostiene al Niño sobre el hombro, en la calle central, como si de un San Cristóbal se tratara. En los laterales, aparece, a la izquierda, la Anunciación, impetuosa y arrebatadora, propia de Berruguete. Al otro lado, el Nacimiento con la Virgen semiarrodillada y en actitud protectora. Remata el retablo un excelente Calvario, donde el revolado berruguetesco de los paños llena toda la escena de inquietud. Posiblemente sea la obra más original, personal y exaltada de Berruguete. *Emilio García Lozano*

SILLERÍA DEL CORO DE LA CATEDRAL DE TOLEDO (1539-1543) Alonso Berruguete

A Berruguete le corresponden las 36 sillas de la sillería alta con sus tableros de nogal y los relieves de alabastro superiores de la parte derecha o de la epístola. En esta sillería compiten la serenidad clásica de Vigarny y el estilo impetuoso y expresivo del maestro palentino, que triunfó sobre Vigarny, según reza la inscripción del coro. Esta es la ocasión para que el estilo de Alonso Berruguete se extienda hacia Castilla-La Mancha, y, de aquí, a Andalucía. Su taller, formado fundamentalmente por Francisco Giralte, Isidro de Villoldo, Manuel Álvarez e Inocencio Berruguete, participa en esta gran obra.

En los tableros de nogal despliega el artista un riquísimo repertorio de formas jamás igualada por ningún otro maestro castellano. Junto a la serena belleza de Eva, que evoca el modelo de la Leda leonardesca, aparecen las agitadas figuras de los profetas y personajes del Antiguo Testamento de la parte superior; la mirada va de sorpresa en sorpresa, descubriendo la mano genial del artista castellano, preocupado, en todo caso, más del valor expresivo en la representación que de la corrección formal. Aquí se advierte un virtuosismo especial en el plegado de los paños y en los rostros de los personajes, que individualiza y da a conocer a través de los rasgos psicológicos que caracteriza a cada uno. Algunas de las representaciones más importantes en los tableros de nogal son, en orden: Adán, Eva, Noé, Job, Daniel, Zacarías, Jonás, Isaías, Josué, David, Judit, Tobías, Moisés, Elías, Sacrificio de Isaac, Etc. Por parte de los relieves de alabastro sobresalen: Adán, Eva, Enós, Cainam, Maladeel, Jaret, Henoch, Matusalem, Lamech, Sem, Noé, Arghaxad, Sale, Heber, Thare, Abraham, Isaac, Jacob, Matatías, Jonás, Leví, Etc.

El conjunto de la silla Arzobispal aun supera, en algún aspecto, a esta serie de figuras, con la representación de la Transfiguración en el remate y unos desconcertantes relieves del Juicio Final y del Paso del Mar Rojo, en los tímpanos de los arcos que forman la bovedilla que cobija el asiento.

Alonso Berruguete realizó aquí una de las obras más hermosas del Renacimiento universal. Fuerza, personalidad, dominio técnico, belleza insuperable son algunos de los calificativos aplicados por los más grandes especialistas en este artista, como Camón Aznar.

Emilio García Lozano

LA TRANSFIGURACIÓN (1543) Remate del coro de la catedral de Toledo. Alonso Berruguete

Es un colosal grupo marmóreo con una concepción escenográfica de epopeya y dramatismo. La parte baja es eminentemente dramática y lo mejor de la composición. Los tres apóstoles aparecen aterrados, enloquecidos, fulminados por la grandeza de la visión. San Juan, a la izquierda, está a medio caer, derribado por la visión; pero aún se atreve a mirar la aparición. Tiene la cabeza muy bella, como de efebo clásico. San Pedro aparece como una figura arrebatada, deseosa de huir. En esa carrera los cabellos se le convierten en crines y el manto cae sobre el cuerpo lleno de sabios pliegues. Santiago protege la cabeza con un manto de suntuoso plegado al estilo berruguetesco.

Tras ellos, una representación de nubes como ningún otro escultor se atrevió a hacer. Nubes móviles que se enrollan en espiral y entre las que se asoman cabezas de ángeles. Sobre ellas y a la izquierda, se yergue la figura de Moisés con aspecto de anciano de largos cabellos y envuelto en un copioso manto del que sale una mano que se dirige al Salvador. Al otro lado Elías, con barba larga y puntiaguda, semejante a Abraham.

Finalmente, en el centro, sobre las nubes y la tierra, la figura del Salvador con su cuerpo levemente flexionado, pero robusto y envuelto en un manto de muchos y complicados pliegues. A los lados de este grupo hay dos angelotes como dormidos y otros dos apoyados en las molduras terminales. Son cuerpos regordetes y bien moldeados.

Todo este grupo se halla rodeado de un balconaje con quimeras y ángeles, y coronado por un medallón en óvalo con la imagen de Dios Padre en serena contemplación del hijo. Los extremos se rematan con escudos. Hay que destacar, además, la riqueza de los perfiles y de los adornos de los balaústres.

En este conjunto creado sobre la silla Arzobispal y dedicado a la Transfiguración de Cristo es de lo más bello y expresivo salido de la mano del maestro.

Emilio García Lozano

SEPULCRO DEL CARDENAL TAVERA (1561) Hospital de Afuera (Toledo) Alonso Berruguete

La última obra que realiza A. Berruguete es el sepulcro de su protector y amigo, el cardenal Juan de Tavera. En 1557, el genovés, Juan de Lugano se compromete a traer a Toledo ocho piezas de mármol de Carrara “limpias sin veta ni mancha ni pelo”.

Se trata de un sepulcro rectangular con cuatro grifos a las esquinas y un tondo en el lateral izquierdo dedicado a San Juan Bautista, con relieves a ambos lados que representan el bautismo de Cristo y la decapitación de San Juan. En el otro lado aparece la imagen de Santiago apóstol y las escenas del traslado del cuerpo del santo transportado en un carro. A los pies se observa la imposición de la casulla de San Ildefonso. En la cabecera llena el espacio el tondo de La Caridad, de belleza ideal. En los ángulos del lecho mortuario colocó Berruguete las cuatro virtudes cardinales y a los pies y la cabecera unos angelotes sosteniendo escudos.

Esta obra mucho más refinada y adaptada a los cánones de belleza renacentista, nos sorprende, en primer lugar, la figura del Cardenal, de faz mortuoria, para la que usó una mascarilla que hizo Berruguete cuando murió Tavera, en 1545. La cavernosidad de los ojos, las sienas hundidas, los labios en proceso de tumefacción nos produce el espanto total de un rostro muerto.

Los elogios de esta estatua tumoral de alucinantes rasgos fúnebres no tuvieron fin. En ella inmortalizó la muerte hecha carne ya en trance de descomposición. Pero, además, talló de manera real y elegante las vestiduras, que ciñó al cuerpo y le dio al conjunto una belleza sin par renacentista. Berruguete ha idealizado a la muerte. Ha hecho una tumba arquetípica, resumiendo en sus facciones todo el horror de la muerte. La almohada sobre la que reposa la cabeza, apenas tiene una franja ornamental; pero, en cambio, tiene como su mejor adorno la blandura de sus huecos, las modulaciones que su pesada cabeza muerta impone a las plumas.

En los laterales sobresalen especialmente dos figuras, por su belleza y movimiento helenístico: la escena de la Degollación de San Juan Bautista, de ágil movimiento escénico, y el tondo de La Caridad rodeada de niños, en la que el acento clásico se le suma el fuego y la arrogancia berruguetescos, que apenas son capaces de contenerse en el círculo.

Emilio García Lozano

RETABLO DE SANTIAGO DE CÁCERES (1562) Alonso Berruguete

El último gran retablo que realiza Berruguete lo concierne en 1557 para la iglesia de Santiago de Cáceres, que se acababa de reconstruir por los Carbajales, sus patronos; pero la muerte, el 13 de septiembre de 1561, le impidió llegar a terminarlo.

En este retablo se nota una gran evolución del gusto y una rápida adaptación de la sensibilidad de Berruguete a las nuevas ideas imperantes. Los balaústres, tan típicos de Berruguete, han sido sustituidos por columnas estriadas de clara tendencia barroquizante. Las figurillas de los relieves son también de mayor amaneramiento y clasicismo, como consecuencia de la evolución de la escultura que se produce en 1560.

El retablo se organiza en dos cuerpos con tres calles cada uno, un banco en la parte inferior y rematado por un Calvario y dos escudos de los Carbajales, sostenidos por angelotes. Lo más destacado de la obra son las figuras en altorrelieve, casi exentas, que desafían a la gravedad. La pintura de los fondos escenográficos le da aun mayor teatralidad. En el banco aparecen dos evangelistas, San Marcos y San Lucas, en posición recostada y de gran serenidad clásica. En el cuerpo inferior destaca en la calle central Santiago a caballo arengando a los soldados contra los moros infieles. A la izquierda se representa a la Epifanía o Adoración de los Reyes Magos y a la derecha se representa a San Francisco recibiendo los estigmas, una de las mejores escenas. En el cuerpo superior nos encontramos con una Virgen con niño rodeada de ángeles en la calle central. A la izquierda se halla la representación del Domingo de Ramos y a la derecha un excelente Cristo resucitado sobre el sepulcro.

Especialmente llama la atención el relieve de la Transverberación de San Francisco, en el primer cuerpo a mano derecha. El santo aparece en un apasionado requerimiento de Cristo llagado, que se observa en el cielo. En una actitud arrebatadora con los brazos en diagonal se entrega a Cristo volando. Los paños se adaptan perfectamente a este ímpetu dinámico. En segundo plano aparece, encogido y tapándose el rostro, el hermano León, compañero del Santo de Asís.

Emilio García Lozano

